

Felipe Martínez Arango y la contribución de la Universidad de Oriente a los estudios arqueológicos en Cuba

Manuel Fernández Carcassés

Yamil Sánchez Castellanos



El doctor Felipe Martínez Arango fue uno de los intelectuales que más estuvo vinculado directamente a la fundación de la Universidad de Oriente en 1947. Desde la Sociedad de Estudios Superiores de Oriente, su voz vibró firme en muchas tribunas hasta que se constituyó nuestra Casa de Altos Estudios. Después, se hizo cargo del Departamento de Extensión y Actividades Culturales y de las publicaciones universitarias, gracias a lo cual pasaron por los salones de la universidad conferencistas del más alto vuelo en diversas áreas del saber y vieron la luz textos que, desde entonces, no dejan de ocupar a los estudiosos de muchas materias.

Años más tarde, integró el claustro que echó a andar, en 1962, la carrera de Licenciatura en Historia en esta universidad. En virtud de la Reforma Universitaria surgía, entre otras tantas, esta carrera que, por primera vez en Cuba, se proponía formar profesionales de la Historia, y Martínez estuvo entre los que entendieron su importancia y se unieron al sueño. Era ya un reconocido investigador de la historia nacional, permanente delegado a los Congresos Nacionales de Historia, miembro titular de la Junta Nacional de Arqueología y Etnografía, la Sociedad de Geografía e Historia de Oriente (y del Grupo Humboldt, a ella adscripto), la Sociedad Mexicana de Antropología y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, por citar solo algunas de las organizaciones profesionales que prestigiaba con su presencia.

Ya había escrito textos imprescindibles, como *Cronología crítica de la Guerra hispano cubanoamericana*, un estudio pionero en lo referente a sistematizar, analíticamente y no como una simple organización sucesiva de hechos, este importante momento de nuestro devenir histórico. Era necesario reivindicar el papel decisivo del Ejército Libertador cubano en esta conflagración y Martínez supo estar a la altura de las exigencias de aquellos años de la década de 1940, cuando todavía muchos creían, inducidos por la propaganda de corte anexionista, que debíamos agradecer la independencia nacional a los voraces vecinos del norte.

La obra historiográfica de Martínez incluye, además, otras valiosas obras. El libro *Próceres de Santiago de Cuba* es una útil contribución al conocimiento de los que, a lo largo de cinco siglos, aportaron al engrandecimiento de la ciudad y, desde ella, a la independencia de la Nación.

Sin embargo, hay más: su pequeño folleto *Esquema del 24 de febrero*, hoy casi olvidado, fue de las primeras miradas al inicio de la Guerra del 95 despojadas del reduccionismo del mismo al llamado Grito de Baire. Martínez demostró la existencia de muchos alzamientos en la región oriental y exaltó el papel de Guillermo Moncada en la hombrada. Otros materiales: *En marcha con el Grupo Humboldt*, *Perfil vigente de José Martí*, *En el Cincuentenario de la muerte del lugarteniente general Antonio Maceo*, entre otros, dan fe de su pericia como historiador y, a través del desarrollo de ese oficio, de su elevado compromiso cívico y patriótico.

Pero, a nuestro juicio, su contribución más notable a las ciencias históricas cubanas y mesoamericanas se centra en los estudios arqueológicos. Felipe Martínez Arango fue considerado un arqueólogo de exquisita metodología, de un estilo en perenne perfeccionamiento, a partir de su sólida formación en México pero, sobre todo, gracias a su intensa práctica. A él se debe la fundación de la Sección de Arqueología Aborigen de la Universidad de Oriente y de su Museo, que atesora una de las colecciones más completas de toda el área caribeña. En 1982 Martínez Arango publicó en México su obra *Registro de todos los sitios arqueológicos investigados por la Sección de Arqueología*

Aborígen de la Universidad de Oriente, que es un magnífico resumen de la labor dirigida por él en 134 locaciones y considerado un material imprescindible para el establecimiento de un censo arqueológico nacional.

Otras obras suyas, como *Arqueología de los Ciguatos*, *Superposición cultural en Damajayabo*, *La cerámica en la Loma de Los Mates*, *Arqueología de Maisí II* y, fundamentalmente, *Los aborígenes de la cuenca de Santiago de Cuba*, son citadas con asiduidad por los estudios actuales, como muestra del valor de sus conclusiones.

El aporte de sus investigaciones arqueológicas, además de haber salvado para el patrimonio cultural de la Nación los restos materiales de los primeros pobladores del oriente de la Isla, radica en su contribución al estudio integral de estas culturas precolombinas, enfatizando en sus características sociales y económicas y no solo en el examen puramente tecnológico del material colectado. De igual modo, adelantó criterios fundamentados sobre dataciones, cronologías y movimientos migratorios, así como la interesante existencia de superposiciones culturales en muchos de los sitios trabajados.

Cabe destacar que Martínez incursionó también en la arqueología mesoamericana. Testigo de ello es su valioso trabajo *El lago de Netzahualcóyolt*. De hecho, su presencia en labores investigativas y en congresos en la nación azteca era frecuente. En muchas ocasiones dictó conferencias en universidades de ese país y también en otros de América y de Europa.

Con todo, lo más enaltecedor de su obra, como nuestro arqueólogo mayor, fue su desvelo por formar un equipo de investigadores que, desde la Universidad de Oriente, hicieran avanzar esta ciencia, tan atada entonces a los desaguisados de arqueólogos norteamericanos o al tutelaje, no siempre provechoso, de arqueólogos de la capital. Supo Martínez escoger a un grupo de estudiantes o jóvenes docentes de la Universidad y formar con ellos un colectivo de excelencia, donde sobresalían los nombres de María Nelsa Trincado Fontán, Nilecta Castellanos, Margarita Vera Cruz, Abel Cabrera, Amado Martínez, entre otros.

El fallecimiento prematuro de algunos y la dispersión de otros miembros del grupo provocaron que quedara inconclusa

la obra arqueológica de Felipe Martínez Arango en la Universidad de Oriente, pero nos queda el Museo de Arqueología que él fundó, sus obras escritas que parecen no envejecer y su ejemplo no solo de intelectual de altos quilates sino, en primer lugar, de hombre cabal, que supo abrazar la lucha revolucionaria cuando, como en los años 30, la Nación lo necesitó.